

La vida no es un tango ***(del libro Piel Desnuda)***

Ninguno de los dos lo recordaba pero llevaban quince días de novios. O, mejor, de amantes, pues, a decir verdad, no tuvieron tiempo para ser novios ya que cuando se cruzaron aquella primera mirada, se amaron apasionadamente como nunca lo habían hecho antes. Parecía como si cada uno hubiera recorrido con los labios la piel del otro, centímetro a centímetro, liberando el instinto desconocido que llevaban dentro.

Él había ido solo a la fiesta porque su novia había tenido que salir de la ciudad esa noche. Ella bailaba un bolero con quien creía era el amor de su vida. Pero desde aquel instante, desde aquella mirada fatal, todo cambió. Sintió que su vida giraba en un torbellino de locura que ella misma no podía controlar y que la llevaría a dar rienda suelta a sus impulsos sin importarle qué dirían, pues una fuerza irresistible aplastó su propia personalidad bajo la mirada de aquellos ojos desconocidos que no la perdían de vista. Así que en medio de la música, alegó cualquier cosa para quedarse inmóvil, cerró los ojos por un momento y pidió

permiso para ir al tocador.

Parecía que el espejo estuviera deforme porque veía su rostro enteramente cambiado y sentía que su cuerpo temblaba sin encontrar una explicación racional.

Trató de serenarse, de volver en sí pero le fue imposible. Esos ojos que había visto, justo en el instante en que su pareja le decía “sí, siempre juntos...”, la precipitaban hacia ellos como hoja que arrastra el viento. No, no era ella. Irremediablemente no podía ser ella.

Por un momento quiso abandonar la fiesta pero una fuerza irresistible se lo impidió. El destino estaba trazado. No se lo dijo ella a sí misma, pero era así.

Salió y ahí estaba él. No se dijeron ni una palabra pero parecía que se lo habían dicho todo. Sin embargo...

Él la tomó del brazo y continuó mirándola a los ojos. En eso sonó un tango; ellos se precipitaron al centro del salón de baile, y los invitados contemplaron un espectáculo de plasticidad y de erotismo que no olvidarían jamás.

Juntos salieron de la fiesta y buscaron un nuevo sitio para vivir juntos. No se preguntaron el nombre porque no hubo necesidad ni tiempo para eso...

El quinto día: el sol se levantó triste y cerca del apartamento se divisaba una melancólica bruma que ella contemplaba por la ventana. Él se acercó por detrás, la tomó por la cintura, le volteó el cuerpo, la estrechó entre sus brazos y le estampó un beso apasionado. Luego le dijo: “júrame, pero júrame por Dios. ¡júrame que mañana me amarás como hoy, o más que hoy!”.

Ella hizo una mueca que intentó parecer una sonrisa; lo miró fijamente a los ojos y le dijo: “no soy dueña del mañana”; se dio vuelta, contempló por un momento la bruma melancólica y exhaló un profundo suspiro...